

Don Quique Agrícola

Conversación con Enrique Labrador Ruiz

Alejandro Anreus

Conocí a Enrique Labrador Ruiz «por el correo» y a través de José Gómez Sicre, de quien era amigo entrañable desde los años 30. En esa época yo tenía aspiraciones pictóricas y le envié un dibujo, muy a lo José Luis Cuevas, por cierto, titulado «El general de Sagua,» ciudad donde había nacido Labrador y de donde venía toda la familia de mi madre. Labrador me escribió una nota encantadora y comenzó nuestra conversación epistolar. Nos veíamos cada vez que él visitaba Nueva York o Nueva Jersey, y yo lo visitaba en su modesto apartamentito que compartía con su mujer María Mercedes (*Cheché*) en la sagüecera de Miami. Cada vez que podía le enviaba paquetitos de libros que él me pedía; leía de todo, lo mismo poesía que ensayo, novelas que teología y filosofía. En traducción lo introduje a Adorno, Marcuse y Céline. Al principio le gustaron los tres, al final me aseguró que el único que valía era «el viejo Teodor.» Tenía razón Don Quique. En 1981 Labrador me honró con unas palabras para el catálogo de una exposición de dibujos míos en Michigan —es mi texto favorito de mi breve vida de pintor—. Me trató siempre con el nombre de «sobrino,» y él mismo se puso el nombre de «Don Quique Agrícola», el cual usé en toda mi correspondencia con él. Cada vez que Labrador venía a Nueva Jersey, se quedaba en casa del académico Elio Alba, en Verona. Lo visité varias veces en la casa de Malvern Place, y en octubre de 1983 lo entrevisté sobre su interés por las artes visuales, su amistad con pintores, etc. Esta entrevista tuvo lugar el 15 de octubre de 1983, en casa de Elio Alba. La transcribí de cinta en el verano de 2000.

Alejandro Anreus (A.A.). *Enrique hágale un poco sobre tu fascinación con lo visual.*

Enrique Labrador Ruiz (E.L.R.). Mira sobrino, creo que fue en mi niñez en Sagua la Grande. El paisaje, la luz y los colores. La densidad del monte. Interesante que en mi obra de escritor el paisaje me ha importado un carajo. El chino Lam capta en su obra esto que te digo de la naturaleza alrededor de Sagua. También recuerdo la iglesia de los jesuitas, que era un templo barroco

de cierta belleza para una ciudad de provincia. Recuerda que Sagua era ciudad, no pueblo... Mañach se refería a Sagua como «Sagua la máxima».

A.A. ¿Cuándo te fuiste de Sagua?

E.L.R. Si mal no recuerdo a los dieciocho o diecinueve años. Y no volví más. El resto de mi vida la he pasado en La Habana, y en mi amargo exilio en Madrid, Caracas y Miami. Sabes lo que escribió Ovidio sobre el exilio... algo así como «todos los exilios son amargos y el último te mata»... quizás esté equivocado con la cita.

A.A. Cuéntame del primer arte que viste en La Habana.

E.L.R. Fueron las ilustraciones de la *Revista de Avance*. Recuerdo los dibujos de Abela y de Carlos Enríquez, de quien fui amigo. También las espléndidas caricaturas de Conrado Massaguer y las de Rafael Blanco. Mira, Blanco era un dibujante y pintor único, extraño, muy original. Algo así como un expresionista criollo. Mas tarde, debido a mi amistad con Pepe Gómez Sicre, conocí a varios pintores como Amelia, Cundo, Portocarrero, Mariano, Felipe Orlando, Mario Carreño... por mi propia cuenta yo ya conocía a Abela, Carlos Enríquez, Ponce, Jorge Arche, y por Arche conocí a Arístides Fernández poco antes de su muerte. También conocí a esa figura de poca importancia que era Víctor Manuel García. Víctor era un personaje arrastrado, alcohólico y amanerado. Conocí a Carlos Enríquez por mi amigo el escritor Félix Pita Rodríguez —quien, por cierto, es un gran cuentista y poeta. La influencia de Vallejo llega a Cuba por vía de Félix, quien trató al gran peruanista en París. Después, por Carlos conocí a Ponce. De todos los artistas plásticos de la Cuba de mi época, los que eran mis amigos eran Carlos y Ponce.

A.A. Arche pintó tu retrato, ¿no?

E.L.R. Jorge era un gran tipo. La verdad es que como pintor lo encuentro muy seco. Con el tiempo no me gusta. Lo que sí era un buen retratista. Nos pintó a todos los escritores del momento: a Mañach, a Ortiz, a Marinello, a Lezama, a mí. No recuerdo si pintó a Guillén. Caravia fue el que pintó a Guillén —en el retrato, Nicolás parece un obispo!

A.A. Háblame de tu amistad con Enríquez y con Ponce.

E.L.R. Carlos y yo fuimos muy amigos. Bebíamos juntos, salíamos juntos, yo siempre era invitado a sus fiestas en El hurón azul. Creo que es un gran pintor, lleno de violencia y poesía. Déjame decirte que como escritor Carlos no es malo, superior a muchos de sus contemporáneos, de mis contemporáneos. Lo de su «romancero guajiro» o «romancero criollo» es genuino, auténtico... él no era un guajiro ni nada por el estilo, sino un hombre culto, de clase alta que le dio la espalda a la clase media de su época, a toda la mediocridad de nuestra seudorrepública, su hipocresía, su racismo, sus injusticias. El alcohol lo jodió, como casi me jode a mi también. Si existe un cuadro que define la vanguardia pictórica de Cuba, yo creo que ese cuadro es «El rapto de las mulatas».

A.A. ¿Fueron amigos hasta su muerte en 1957?

E.L.R. No, tuvimos un malentendido debido a su mujer, Eva, y terminó nuestra amistad. Ella lo dejó por una sáfica inglesa discípula de León Davidovich

Bronstein, es decir, Trotsky. Lo recordé con afecto en «El pan de los muertos», donde escribí: «Carlos estaba en la profunda cepa del que sabía contar con el pincel, con la espátula, con pluma nada pesimista, y era quien ve mejoría en la sordera espiritual de un país junto al clamoreo de la gente que no desea perecer. Flaco, distraído, pero no desvitalizado, no lloroso».

A.A. *¿Y Ponce?*

E.L.R. Era un ser extraordinario. Un verdadero antisocial. Un verdadero paranoico. Un gran pintor atípico de nuestras tierras. La luz en sus cuadros no es nada dulce, es feroz, se devora las cosas, los objetos, los paisajes, todo. No hay color en Ponce, solo luz, una luz aplastante que él pintaba con sus pastas de pigmento blanco, creo que usaba blanco de plomo. Los cristos, los santos de Ponce están pintados con un amor crispado. Son como locos y marginados que no tienen cabida en ninguna parte. Me recuerdan a un pintor desconocido por Ponce, el belga Ensor. Ponce detestaba a todo el mundo con la excepción de Carlos y Amelia, por quienes sentía genuino afecto. Odiaba a Víctor Manuel, a Gattorno, a Ravenet. Era indiferente a Lam, Cundo, Mariano y los demás. Cuando lo recluían por su tuberculosis, reaparecía inventando viajes a Europa. Te decía: «Estuve en Oslo, pero me fue imposible pintar, había mucha niebla». O te contaba que había estado en París, donde Picasso lo invitó a beber y le dijo que era un genio de la pintura. Ponce nos visitaba mucho a casa. Le tenía mucho afecto a Cheché. Le decía que la quería pintar con las trenzas sueltas. En mi casa en la calle Reina yo tenía su pintura «La pianista». ¡Que cuadro, Alejandro, que cuadro!

A.A. *Y con los pintores del grupo Orígenes, ¿no tenías amistad?*

E.L.R. Yo no era del grupo Orígenes, aunque publiqué en la revista algún que otro cuento. Nadie parecía, pero todos lo eran. De ese grupo no me interesa nadie, excepto Lezama. Como poeta, no como novelista. De novela Lezama no sabía un carajo, pero es un gran poeta. El verdadero heredero de Góngora. En fin, tuve amistad con Mariano, con Lozano y con Porto. Los gallos de Mariano, debo de confesarte que me gustan. Los que pintó en los años 40. De quien sí fuimos muy amigos Cheché y yo fue de Porto y de Milián. Los interiores del Cerro, las catedrales, los ángeles, hasta las Santa Bárbaras de Porto me parecen buenas. El suyo es un barroco muy criollo, lleno de luz, colores y alegría.

A.A. *¿Algo más sobre tus experiencias de las artes visuales?*

E.L.R. En los años 50 fui presidente de un jurado de un Salón Nacional. Mandé a Estopiñán a su casa y le dije que no se preocupara. Le dimos el premio de escultura por una poderosa talla en madera. Gran escultor el amigo Estopa. Hace tiempo que no lo veo. ¿Vive en Nueva York, no? Antes que terminemos, quiero mencionarte que estoy escribiendo mis memorias. Se titularán «Las memorias de un camello negro». Para los árabes, el camello negro se para en la puerta de tu tienda y no se va hasta que te lleva —es la muerte—. En fin, sobrino, estoy pensando mucho en las cosas últimas. Adorno habla de un «estilo tardío» en ciertos artistas como Beethoven,

Brahms, el Tiziano. Yo pienso en mi propia obra, en la obra última de Ponce, de Picasso, del mismo Carlos, aunque no era un viejo cuando dejó de existir. Existe cierta rabia, cierta virulencia técnica, sea en las palabras para los escritores, o en el dibujo y color para los pintores... Pienso en los últimos autorretratos de Rembrandt, en las pinturas negras del viejo Goya, las últimas novelas de Faulkner; es como si en estas obras mandarás al carajo al mundo y le mentaras la madre a la muerte.

A.A. *Enrique, y de tu obra como escritor ¿qué me...?*

E.L.R. Nada, otros han escrito y escribirán. El tiempo dirá lo que va a quedar. De muy joven, descubrí a Quevedo, el prosista. Él ha sido mi maestro. Después vinieron otros maestros: Ramón Gómez de la Serna y Valle Inclán. Encuentro coincidencias de estilo, de visión del mundo con Faulkner, con el Joyce de *Ulises*, con la última obra de Virginia Woolf y, en las Américas, con el primer Onetti, con la novelística de mi amigo Marechal..., en fin, la lista es larga.

A.A. *¿Y Kafka?*

E.L.R. Muchacho, si Kafka hubiera nacido en Cuba, no fuera más que un escritor costumbrista. Sobre todo, después de la desgracia del 59...

A.A. *Enrique, seamos honestos sobre política, tú y yo hemos hablado de...*

E.L.R. Sobrino, esto queda entre tú y yo... si quieres lo usas después de mi partida. Por años me negaron la entrada en este país debido a mi breve membresía en el Partido Socialista Popular, que era el partido comunista en Cuba. Me hice miembro durante la guerra. Era el apogeo del Frente Popular y el antifascismo. Además, coño, la pérdida de España nos había dolido a todos, los comunistas y los no. Neruda fue a Cuba y nos fuimos a dar unos tragos y él me dijo que me hiciera miembro, que mucho me iban a ayudar como escritor. Nos emborrachamos y fuimos y me inscribí. Después, lo celebramos con Nicolás Guillén y Félix Pita Rodríguez. Los únicos que me dijeron que estaba comiendo mierda fueron Ponce y Pepe Gómez Sicre. Cuando llegó Fidel, yo ya estaba fuera. Neruda visitó la Isla poco después del triunfo, y como él había sido estalinista, me aseguró que Fidel era la reencarnación tropical del georgiano. Pablo estuvo claro... bueno, ya, apaga esa maquinista y vamos a ver si Cheché nos cuele un cafecito.